



Lectura en voz alta Andrea

2



Soy Gil y mi prima Andrea tiene una manera muy peculiar de ver las cosas. A veces parece como si estuviera en su propio mundo.

3



Se acababa de mudar aquí desde Chicago. El primer día de clases, la invité a sentarse conmigo y con mis amigos durante el almuerzo.

Mi amiga Mónica había pasado todo el verano junto al mar y trajo una caja de caramelos masticables para compartir con nosotros.

4



Andrea tomó uno y comenzó a masticarlo. Después se sacó un pedazo de caramelo de la boca y lo estiró con los dedos. “Es bastante elástico”, dijo.

Yo estaba horrorizado. “¿Qué estás haciendo?”

Pero Andrea estaba demasiado inmersa en sus pensamientos como para escucharme. “¿Alguna vez se han preguntado cuánto se puede estirar un pedazo de caramelo?”.

5



“Por ejemplo, ¿cuánto caramelo creen que se necesitaría para cubrir toda la escuela?”, se preguntó.

Mónica se quedó mirándola, sin saber qué decir. Pero Andrea no parecía darse cuenta. Seguía mirando el caramelo.

Pregunte: “¿Qué notan? ¿Qué se preguntan?”.

6



Después de la escuela, tomamos el autobús a casa. En el autobús me gusta relajarme y escuchar música. Estaba empezando a divagar con la mente cuando de repente sentí un golpecito en el hombro.

Era Andrea.

7



“¿Qué estás escuchando, Gil?”.

Le di mis auriculares.

“Nada mal”, dijo. “Oye, ¿qué te parece si formamos una banda e inventamos nuevos instrumentos?”

8



“¡Como un trombón hecho de huesos o un tambor con pudín dentro para que cada vez que lo golpees, haga *¡plaf!*! O un montón de guitarras, una arriba de la otra para que la parte larga...”.

Apenas podía seguirle el ritmo. “¿El mástil?”

Andrea asintió. “Sí, el mástil. ¿Y si el mástil fuera súper alto? Alto como la torre Willis”.

Pregunte: “¿Qué notan? ¿Qué se preguntan?”.

9



Suspiré. ¡Cubrir la escuela con caramelo! ¡Apilar guitarras para que midan lo mismo que un rascacielos! ¿Quién piensa así?

Hice señas para que el autobús se detuviera. “Vamos”, le dije. “Caminemos el resto del camino”.

10



Esperaba que un paseo por el parque me despejara la mente. Al pasar junto a la fuente, de repente oímos un ruido.

11



Había un pato agitando sus alas junto a una rejilla, en pánico. En el fondo de la rejilla vi un patito. ¡Estaba atrapado ahí abajo!

Me puse de rodillas e intenté sacarlo. “No llego”, dije.

12



Miré a mi alrededor para buscar ayuda, pero no había nadie. ¡No sabía qué hacer!

Pero Andrea estaba tranquila. “Ven conmigo”, dijo. Fue hasta un bote de basura que había cerca. Sacó un vaso descartable viejo y me lo dio. Después encontró un recipiente de sopa usado.

13



Fue recién cuando comenzó a llenar los recipientes con agua de la fuente que entendí cuál era su plan.

Juntos vertimos el agua en la rejilla. ¡Era una idea brillante! Si el nivel del agua aumentaba, ¡podríamos llegar al patito y recogerlo!

Pregunte: “¿Qué notan? ¿Qué se preguntan?”.

14



Seguimos yendo y viniendo a la fuente. Otras personas nos vieron y comenzaron a ayudar. Agarraban cualquier cosa que pudieran llenar con agua: baldes, tazones, latas, ¡hasta una bota vieja!

Al final, el agua subió lo suficiente para que yo pudiera pasar la mano por la rejilla y que el patito saltara a mi vaso.

La madre graznó feliz. Cuando los dos salieron corriendo, me di cuenta de que todos habíamos colaborado, la que evitó la tragedia fue Andrea. Andrea y su forma tan particular de pensar.

15

Pregunte: “¿En qué parte de este cuento notaron algo de matemáticas?”.